

JOSÉ ZAHONERO

CUENTOS QUIMERICOS

PATRAÑOSOS



MADRID

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»

Olózaga, núm. 1.

1913

EL DOCTOR MENUDILLO

I

Después de un largo y difícil trabajo se logró poder copiar en papel corriente, esto es, del que de ordinario usamos para escribir, la historia del famosísimo naturalista y viajero explorador Dr. Menudillo.

Había escrito éste su historia en una hoja de papel de fumar, tan doblada, que de ella se hizo un libro de algunas páginas manuscritas, y con tan diminutos renglones, que para leerlos hubo necesidad de ampliarlos con el microscopio y la fotografía, y por un medio semejante al que sirvió en París para poder descifrar los partes microscópicos fijados en las plumas de las palomas mensajeras.

El estado en que el pobre doctor se hallaba le hacía valerse de medios extraordinarios para dar cuenta de sus aventuras á la Europa sabia y al mundo curioso.

Por el año 1881 el Dr. Menudillo había desaparecido; nadie sabía á qué punto del

globo dirigir agentes ó exploradores que buscaran al doctor.

En la Academia de Ciencias Naturales era donde mayor interés inspiraba la pérdida del célebre naturalista.

El Dr. Vil Garroba, médico afamado, habló en la Academia, pidiendo á ésta se hicieran los mayores esfuerzos y todos los sacrificios imaginables para averiguar qué había sido del Dr. Menudillo.

—Mucho me temo—exclamaba con voz llorona y alzando los ojos al techo—, mucho me temo que nuestro querido colega haya hecho alguna barrabasada; aquel no poderse estar quieto ni un segundo, aquella movilidad de ardilla, en fin, aquella vivacidad del Dr. Menudillo, siempre me pareció á mí habían de llevarle á un fin desastroso.

El célebre Cucúrbita dijo que él tenía que Menudillo hubiera perecido ahogado y estrujado, en los bosques del Brasil, por alguna serpiente boa constrictor; porque, sin duda, Menudillo había ido á aquella región de la América meridional, puesto que mil veces había manifestado el propósito de hacer este viaje para surtir con nuevos ejemplares su colección ornitológica y sus cajitas entomológicas, y, sobre todo, para ver la hormiga de quitasol, que es una hormiga que va á un cierto árbol á arrancar de él una hoja, con la cual carga áuestas. Y así, únese á otras hormigas, cargadas cada una con su hojita correspondiente, y todas forman una larga fila de obreras que en las hojas llevan unas como lindas sombrillas

abiertas. Con estas hojas, que tienen las cualidades de consistencia é impermeabilidad, cubren el techo del hormiguero, para librarle del agua en la época de las grandes lluvias. El Dr. Menudillo había deseado ver esto, y, sin duda, su noble curiosidad le había perdido para siempre en medio de los apretados y oscuros bosques brasileños.

Tal vez se hallara convertido en sabroso guisote para regalo de los caníbales ó antropófagos, ó hubiera muerto víctima del paludismo en los pantanos de Egipto; pudiera ser que en la boca de algún terrible saurio. También podría ser que se hubiera embarcado en algún buque submarino de esos que bajan al fondo del mar, sin que les sea dado subir después, ó que hubiera subido en algún globo aerostático de los que suben y no pueden descender.

Estas era las hipotéticas suposiciones que todo el mundo se hacía acerca de la suerte del Dr. Menudillo, hasta que por la revelación inesperada que hizo el presidente de la Academia se creyó, por fin, descubierto el secreto. Dijo el presidente que el doctor Menudillo, sin duda alguna, habiendo notado que su entendimiento se debilitaba, había bebido de un maravilloso licor que un bonzo le diera en la India, elíxir merced al cual podría recobrar con todo vigor la potencia del cerebro.

Por fin, cuando se recibió el librito de las Memorias del doctor la Academia en pleno aplaudió con entusiasmo, manifestando su reegocijo.

Empezaba el Dr. Menudillo su escrito confirmando la suposición del ilustre presidente de la Academia doctísima.

—Vivo, queridos señores; pero durante todo el tiempo que ha durado mi ausencia tanto he padecido, y en tan mísera con-



dición me he visto, que no creí jamás volver á vuestro lado.

Bien lo sabeis; mi ambición fué siempre llegar á conocer la vida de los insectos, pero viviendo en un mismo mundo. Años hace que, como sabeis, estuve en la India. Allí

conoció al sabio en ciencias esotéricas Baus-Bane, y él hizome conocer una planta que tiene maravillosas propiedades. No habrá en toxicología un veneno más eficaz y extraordinario. Hácese un licor, y aquel que lo bebe siente luego en sí unos efectos verdaderamente portentosos. Queda poco á poco reducido á la más diminuta estatura y mínima corpulencia. Sabía yo que sólo cuando cumplidos los efectos del tóxico quisiera uno recobrar la talla y volumen corporales perdidos, poníase en grave riesgo la vida.

—Yo, ¡oh sapientísimo Bam-Bam!—dije al bonzo el día que, habiendo ido en busca suya, le hallé sentado de cuclillas junto á un magnífico templo budista, ya ruinoso—, vengo á pedir favor de tu ciencia.

El bonzo, que, inmóvil, permanecía allí horas y horas, días y días, y aun meses y años, mirándose, al bizcar los ojos, la punta de la nariz, me respondió:

—Habla: y acaba pronto, porque tengo mucho que hacer.

Díjele que deseaba hacerme pequeñito, del tamaño de un dedo meñique, y añadí que pediría al cielo le diese todas las venturas más envidiables. El, que ya había sido, en otras existencias, según muy formalmente afirmaba, flor, oruga, mariposa, pájaro, caballo y muchas cosas más, hasta llegar á ser hombre, y que tenía la esperanza de ser luego buey, cernícalo, alcornoque y dromedario, accedió gustoso á proporcionarme el medio que yo deseaba.

—Te transformarás —me dijo— en un hombrecillo meñique cuando esto fuere de tu voluntad.

Por fin, Bam-Bam llamó á un muchachuelo indio que tenía á su servicio, y le ordenó buscarse no sé qué bebida, que al poco rato trajo el indio en una calabacita; y Bam-Bam, dándome muy solemnemente aquel brevaje, me dijo estas palabras, que no se pudieron borrar de mi memoria y á las cuales no di entonces mucho crédito... ;Esta fué mi desdicha!

—Bebe, y volverás á tener claro el entendimiento, lozana y fresca la memoria; pero vosotros, los sabios de Europa, no conocéis sino las cosas á medias. ¿Sabes á lo que, al beber este licor, te expones?

Contesté la verdad: ni sabía esto, ni sabía sino que la tal hierba era sólo conocida de los bonzos de la India.

—Pues te expones á que, al recobrar las facultades del entendimiento, vayas perdiendo las carnes, y enflaquezcas, y mengües en estatura, y te achiques hasta el extremo más lastimoso...

Bien me lo avisó Bam-Bam; pero, á la verdad, no di mucha importancia al consejo, ni pude creer jamás que el enflaquecer y achicarme pudiesen producirse al punto de irme reduciendo casi á la nada.

Bebí, bebí lo del maravilloso licor; pude pasarme las noches y los días atento á mis libros; no me hizo traición ni una sola vez la memoria; había rejuvenecido; era otro por completo; mi orgullo estaba satisfecho;

las facultades de mi alma eran poderosas cual las de un joven... ¡Ah, y cómo me reía de mis colegas, los cuales, unos tenían ya la cabeza á pájaros, otros no resistían ni la cuarta parte del tiempo que yo dedicaba al trabajo!

¡A mis cincuenta años era tan estudioso y trabajador como un hombre de veinticinco! Todo el mundo estaba maravillado; pero yo no quería descubrir mi secreto: el licor de Bam-Bam, así como el té presta energía á las facultades del juicio y el café á las de la imaginación, esclarecíalas todas, devolviéndolas el vigor perdido.

¡Figuraos cuál sería mi espanto al sentirme cierto día con todo el cuerpo dolorido; no parecía sino que me habían descoyuntado y desbaratado, desajustando á la vez todas las articulaciones de mi cuerpo.

Tuve que guardar cama.

El médico no acertaba á explicarse mi enfermedad. Llevaba ya más de dos días acostado, al cabo de los cuales tuve un agudísimo ataque.

Era un continuo ¡ay! á cada movimiento que hiciera, y con cada ¡ay! una gesticulación que pondría mi cara que daría espanto mirarla. Claro que cuando las trabazones de las partes se aflojan, cae uno como si estuviera inanimado é inerte.

Y mi pobre mujer fué á llevarme una taza de salvia; tras de mi mujer acudió nuestra vieja Timotea, con sus ojos saltones, que entonces me miraban con temeroso cuidado; la doncella también apareció con

una taza de tila y un botecito de azahar, y tras de la doncella, con no sé qué cataplasma caliente entre ambas manos, María Basilia, criada la más antigua, y luego iba Rosita, la cocinera, armada con un enorme calentador.

Así en fila, y con el remedio que á cada cual se le había ocurrido, llegaban mi mujer y mis criados solícitos y tristes.

Pude contener á aquella procesión de devotos de la botica, para que esperaran la llegada del médico, el cual, por fin, nos sacó de temores; después de haberme pulsado, mirado y remirado por todas partes, aseguró que sólo había duda en que yo pudiese tener una ó dos de la media docena de enfermedades que allí me encajó, y que hubiera servido de letanía á la procesión de que antes os he hablado.

Confieso que aunque me hallaba decidido, por amor de la ciencia, á todo sacrificio, la verdad era que al comprender que los efectos del licor de Bam-Bam iban ya á su más extremoso grado, me llené de terror.

Yo de nada había prevenido á mi mujer. Temía hablarle del asunto. En todo caso, sólo ella lo sabrá. Si llego á verme hasta el tamaño de un dedo meñique todos creerán que he desaparecido. Me haré invisible, y si muchas cosas puedo estudiar así en el mundo de los insectos, cuántas más en el de los hombres. Y me decidí á guardar el secreto. Esperé con inquietud.

Así era que, por mi aprensión ó mi temor, todo se me volvía hacer preguntas que

hicieron que la gente de mi casa creyese que iba á perder la razón.

—Está usted muy flaco—me decia el doctor.

¡Adiós! Ya se comienza á cumplir el pronóstico de Bam-Bam: temía levantarme,



no fuera á hacer el diablo que hubiese yo menguado de estatura; todo se me volvía mirarme las manos y medírmelas, así como las narices, la cabeza, y ver qué espantoso sería para mí descubrir la terrible realidad... Estaba, como os dije antes, libre de

fiebre y de dolores; me decido á levantarme, y al ponerme los calzones, vi con profundo espanto que eran doblemente más largos y anchos que mis piernas; no quise que nadie supiera esto; al verme reducido á la estatura de un niño de ocho años... puede que nadie pudiera contener la risa... llorando de rabia me metí de nuevo en la cama.

No, esto ha de ser inevitable... ¿Qué necesidad tengo de decirle á nadie esto? Cuando me quede reducido al tamaño de un dedo meñique, me lanzo bajo los zapatos de mi aguador, y muero como los que se ponen al paso de la locomotora para que ésta les aplaste.

Se me olvidaba decirlos que Bam-Bam me había dado el consejo de que si notaba el enflaquecimiento y el achicamiento de mi cuerpo, dejara de beber el maldecido licor... ¡Tal vez así, me había dicho el bonzo, la enfermedad no haga más sino reducirlos hasta un grado, y de allí no pase el menguamiento!

Este había empezado: ¿quién podría decirme cuándo había de cesar?

Quizá cuando me deje consumido como un hilo y chiquito como un comino.

—¡Ay, Hormiguillo!—decía mi mujer—. ¿Cómo tú, que parecías antes hecho de rabos de lagartijas y no había manera de verte sosegado y quieto, estás ahí, metido en la cama y sin querer salir de ella?

No supe qué contestar: hubiera tenido que descubrirla el secreto, y quién podría

atreverse á decirle una cosa tan inverosímil... y que tanto habría de apenarla, si la creía, por lo mismo, y si no, porque tal vez hubiera dudado de mí, tomándome por un loco.

Al fin, un día, mi mujer hizo el tremebundo descubrimiento, se acercó á mi cama, me miró y remiró muy atentamente, y abriendo luego desmesuradamente la boca y los ojos, exclamó:

—¿Qué tengo yo en la vista... que juraría que se te han achicado las orejas y las narices, y aun me parece que hasta la cabeza toda es más pequeña? ¡Uf! ¡Si los ojos me parecen chiquirritines!...

No hubo remedio, la fiera reducción mía era inevitable y había sido notada... y por último se lo revelé todo á mi mujer... Por supuesto, tuve una idea, vereis, vereis cómo me las compuse para que á la pobrecilla no la causara tan terrible impresión la noticia.

—Mira, mujer mía—la dije—; no te asustes ni alarmes, porque lo que aquí va á suceder es cosa preparada por mí y á mi gusto...

Creo que me eché á reir, ¡valiente gana tenía yo de risa!; pero intentaba engañar á mi mujer. Sin embargo, era necesario resolverse á descubrir la verdad. Cobré al fin valor, y dije:

—Has de saber, esposa mía, que voy á achicarme.

—No te comprendo—me dijo la pobrecilla, llena de asombro.

—No es fácil que me comprendas. Quiero

decirte que voy á menguar como la luna; es decir, que me quedaré convertido en liliputiense... Pero no te alarmes... podré recobrar mi estatura cuando haya realizado la empresa científica que quiero acometer.

—¿Y qué empresa científica es esa, y para qué diablos has de quedar á la tan breve estatura que dices?

—¿No aciertas á explicártelo? Pues siendo yo chiquirritín me será fácil, y sin ayuda de microscopio ni de micrófono, ver y oír á los animales pequeños; estoy loco de contento porque puedo realizar un viaje científico al mundo de los insectos; realizaré una heroica empresa, me cubriré de gloria, y con la obra que yo publique dando cuenta de todo cuanto vea y estudie... haré un capital.

Mi pobre esposa se echó á llorar amargamente; no se la ocultaban los peligros á que sin duda habría de exponerme; podría morir en las fieras uñas del gato; en las tenazas cortantes de una hormiga; para mí serían monstruos hasta los bichos más imperceptibles á la vista.

Tuve el valor de fingirme alegre y entusiasmado por consolar á mi mujer, que estos sacrificios ha de hacer un hombre honrado por los seres que ama, y de tal modo me expresé y por tales medios hube de animar el corazón de mi pobre esposa, que ésta, no sólo se tranquilizó, sino que llegó á reirse de lo extraño de mi achicamiento, y á admirarse de lo que ella consideraba como un maravilloso resultado.

Se hicieron los preparativos todos para cuando llegara el caso; convinimos en que ella guardaría el mayor secreto, no fuera que, excitada la curiosidad de las gentes, llegase yo á servir de diversión á mis colegas los sabios y á las muchedumbres amigas de ver monstruos, gigantes y enanos en las barracas de feria ó en los circos de saltimbanquis.

No obstante, mi tristeza se había disipado.

Al fin y al cabo, me decía, no ha de ser tan triste mi suerte, y eso mismo que he dicho por consolar á mi mujer, me ofrece en realidad un motivo para ver y estudiar grandiosos misterios de la vida y de la naturaleza. A grandes y á chicos consuela y ennoblece la ciencia, y puede que si llego á empuñarme hasta el tamaño de un dedo meñique, pueda realizar estudios que me engrandezcan á la altura de los más eminentes y celebrados naturalistas.

A los pocos días quedé, en efecto, tan pequeño que podía encerrarme en mi petaca, darme un baño en mi tintero y hacerme un abrigo de piel con el dedil de uno de los guantes de mi mujer.

Así pude dar principio á mi viaje y consolar lo doloroso de mi triste situación con el trabajo científico á que, como vereis, he dedicado mi vida de hombre meñique, de doctor diminuto, de segundo Gulliver, de Robinsón pitimini.

Mi mujer estaba espantada de asombro; yo la había suplicado que hablase en voz

baja, porque de otro modo me ensordecería. Y mientras ella, colocándome con sumo cuidado en la palma de su mano, exclamaba admirando mi personilla:



— ¡Jesús, qué mono, qué gracioso y lindo te has quedado! ¡Pobrecito mío!

Yo estaba lleno de terror al ver que el cutis, antes para mí fino y suave de mi mu-

jer, aparecía entonces á mis ojos como esos burdos lienzos de sacos, y aún más áspero y acortezado, y surgiendo de él todo un cañaveral de varas negras y grasientas, lo que otras veces había sido para mí vello finísimo, delicado; hasta el aliento de su boca, en verdad, aromatizado por el licor de menta dentrífico que ella usaba, era cálido como vapor que escapa de una enorme caldera. Mi sensibilidad se había hecho más delicada, y si mis sentidos no llegaban al alcance que habían tenido, eran en cambio mucho más perspicaces... oía infinito número de sonidos y veía hasta los más minuciosos detalles de las cosas que antes hubiera tomado por pequeñas y fútiles.

Para hacerme oír sin tener que hablar á grandes voces, lo cual me hubiera mortificado, hube de valerme de un micrófono telefónico; mi mujer, para contemplar mi cara y ver la expresión de mi rostro, valíase de una enorme lupa...

—Es necesario—la dije—que pienses en hacerme ropa, pues no tengo más que esta túnica del muñeco de Pepito, y á la verdad, estoy impresentable.

No os he dicho que tenía dos hijos, Pepito y Carmela, á los cuales nada les había dicho respecto á mi transformación y achicamiento; mi mujer pensó que si los niños veían á su padre reducido á la estatura de una figurita de porcelana de las de la rincónera, podrían tal vez querer jugar con papá y faltarle al respeto; no obstante, di las medidas de mi cuerpo á mi mujer, y

ésta encomendó á nuestra hija el encargo de que con los faldones de una de mis levitas hiciera un traje completo; también hube de ponerme los sombreros de un muñeco de Carmela.

Cuán ajena estaría ésta de sospechar que aquello iba á servir á su padre; se les dijo que yo me había ido á hacer un largo viaje. Lloraron un poquito; pero después, ante la promesa de que tornaría pronto á casa cargado de juguetes y regalitos para ellos, se tranquilizaron, en cierto modo contentos y risueños, con la esperanza de recibir algún día de mis manos quizá mil preciosas curiosidades.

Sin embargo, cuando yo, escondido, veía cerca de mí á aquellos gigantes, mis hijos, lanzando terribles gritos, no me podía acostumbrar á la idea de que aquéllos fueran mis hijos, á los cuales creía que habría de ver mucho más pequeños que yo, esto es, de estatura equivalente á la que con relación á mí tenían antes de que yo me achicase.

Pero quien no cesaba de admirarme ni acertaba á moverse de mi lado era mi mujer: parecía unas veces satisfecha de verme, como ella decía, tan remonísimo y tan gracioso, con mi cabecita de miniadas facciones, mis piernecitas y mis brazos, hecho un hombrecito.

—Vamos, déjate de contemplaciones; tú no puedes pensar lo que me mortificas cada vez que me agarras con tus dedazos; luego el calor de tu mano me sofoca...; es neces-

sario que pienses en hacerme más fácil y llevadera mi situación.

Nunca hubiera dicho tal cosa: me hallaba sobre la mesa de mi despacho, frente á mi mujer, que había intentado atraparme con sus dedos. Pues bien: de pronto cayó sobre mi cabeza, cegándome y aturdiéndome, un chubasco de agua, era una lágrima que se había desprendido de los ojos de mi mujer, conmovida por lo que, sin duda, hubo de considerar una ingratitud mía.

—Perdóname, esposa mía—le dije, y saltando á su mano derecha, me abracé á su dedo meñique y le besé en la yema, gordita y carnosa como su rostro.

—No perdamos el tiempo—le dije después—; es necesario que me habilites una casa donde yo pueda habitar; no se te ocurra meterme en un cajón ó en un estuche; trae de la cómoda de la sala aquella casa suiza que te regalé llena de dulces el día de tu santo, es bastante cómoda y abrigada, tiene cristales, dos pisos y varias habitaciones; en fin, ya me acomodaré como me fuere posible, con cuatro trastitos de los juguetes de la niña, hasta que haya dispuesto lo necesario para emprender el viaje.

Así se hizo, y quedé instalado en la casita suiza, como Gulliver en la casa de muñecas de la niña gigante, y con más lujo y comodidad que Robinsón en su isla.

¡Quién habría de decirme en otro tiempo, cuando hube de comprar en montón algunos de los juguetes de mi hija, que compraba enseres para mi uso y servicio

mejor que para la diversión de Carmelita. Este es el misterioso destino del hombre, metido en una cama de muñecas, quería conciliar el sueño, toda vez que durante todo



el día había estado de aquí para allá, colocando los muebles y barriendo las habitaciones de mi morada; pero, imposible... el sueño no llegaba, tal hervía mi cabeza y tan continuados y disparatados pensamien-

tos ocupaban mi mente, desvelándome y poniéndome en continuo desasosiego.

—No, no podré, seguramente, resistir esta vida, como no es soportable ninguna cuando el hombre se entrega al ocio y se deja dominar por la pereza; estudiaré, mi mujer abrirá los libros, y subiendo yo sobre las páginas, y á la carrera, pasando y repasando por los renglones, á la vez que leo, me ejercito en el paso gimnástico.

Y esto hice á la mañana siguiente, después de haberme lavado y vestido y luego de tomar mi tacita de café por desayuno. De este modo hice siempre que me era necesario leer y estudiar.

Hice una observación utilísima; y era que, como algunas veces me cansaba de andar con tal premura por entre las líneas, tenía que caminar despacio, y me fijaba más en lo que leía; de donde yo deduzco que los estudios que se hacen á la carrera maldito lo que aprovechan, y, por tanto, el que estudia con sosiego reflexiona con más juicio y saca fruto mejor de lo que los libros nos dicen.

¡Qué espectáculo tan nuevo y asombroso para mí aquel mundo pequeñito! ¡Qué maravillas contemplaba! Lo que hasta entonces había yo tenido por inútil y despreciable, resultaba entonces grande y de provecho, á veces digno de admiración por su belleza.

Yo, que era tan chiquito que al asomarme para mirar abajo por los bordes de la mesa de mi despacho me sentía acometido por el vértigo de las alturas, ni más ni menos que

si vosotros mirarais á la tierra desde lo más elevado de una torre, tenía la ambición de acometer empresas heroicas... que á vosotros habrán de haceros reír...; pero es sin olvidar que yo no era mayor que el dedo meñique de mi mujer; no lo olvideis, pues sólo teniéndolo presente es como os será posible comprender todo el valor ó merecimiento de las aventuras que he llevado á cabo, lo terrible de los peligros en que me he visto, y de los cuales he ido saliendo merced á mi fe en Dios y en la ciencia, que es la santa verdad de Dios que los hombres van descubriendo como premio á la constancia, á la virtud y al trabajo.

—No cabe duda—me dije—; yo soy un héroe de la ciencia. Las impresiones que ahora voy á recibir y los peligros á que valerosamente voy á exponerme son bien distintos de las impresiones y de los peligros que se me ofrecieron cuando, por hacer estudios de meteorología, hice atrevidísimos vuelos en aeroplano.

Entonces expuesto estuve á caer y estrellarme contra el suelo ó á hundirme y ahogarme en el mar; pero ahora mayor número de peligros y más variedad de ellos me amenazaban. Cuando desde las alturas á que llegué en el espacio por nuestro monoplano miraba á la tierra, qué diminutos aparecían á mis ojos los edificios, como juguetes, y los hombres, como pulgas, y cuán despreciable era la tierra; pero al haberme achicado, merced al elixir de Bam-Bam, veíame en un mundo de cosas ciclópeas,

plantas enormes y animales y gentes gigantescas.

No importa, adelante; no dudes, no vaciles, no tiembles. ¡Aunque te hayas achicado, eres grande, un grande hombre!

Muy entusiasmado me sentí después de este discurso.

En esto llegó á mí la siempre dulce, argentina voz de mi mujer. ¡Cuánto la amaba y cuánto la había yo amado siempre! Por el amor que hacia ella sentía, por este amor casi más que por el progreso de las ciencias y el bien de la humanidad, habíame achicado yo. Deseaba conquistar la gloria, realizar tan audaz y extraordinaria empresa y ofrecer á mi mujer los laureles que el mundo me diera en premio de mi obra.

—¡Jesús!—decía mi mujer—. ¡Qué suciedad y qué miedo!

—Perdone la señora; no lo habíamos visto—replicaba la camarera; y añadía porfiando, respetuosa, pero tenazmente—. Hemos limpiado toda la casa, sí, señora; la hemos limpiado; lo hemos barrido todo con el esmero de siempre.

—No es posible...

—Créame la señora.

—Así será; pero el caso es que en el rincón aquel está ese inmundo bicho. Vaya usted, acérquese, vea la telaraña que hace allí colgajo—contesta mi mujer, y poco después dijo al ver que la camarera y un criado, armados de escobillas de largo palo, se disponían á limpiar el rincón:

—No; no la mateis hasta que yo haya sa-

lido de la habitación; podría caer ese bicharracho encima de mí, y yo me moriría de miedo y de asco.

—Aquí de los hombres—me dije yo—; valgan ahora los buenos caballeros; ya empiezan para mí las aventuras: mataré esa araña. Tal fué mi heroica resolución.

Las arañas son animales ferocísimos: entre sí mismas se atacan fieramente y se devoran unas á otras. La hembra suele, casi siempre, devorar al macho. Se arrojan á la lucha, y la araña más fuerte devora á la más enteca y endeble.

—¡Animo y adelante!—me dije.

¿Qué arma elegiría? Una fina y afiladísima aguja habría de servirme de espada, y llevando á cuestras una cerilla y varias cabezas de otras, prendería fuego al nido, caso de que con las estocadas que tirase al monstruo no pudiera dar fin á su existencia.

¡Oh, si vierais qué empresa aquella, para mí más ardua y difícil! Tratábase de subir al techo, es decir, á una altura para mí tan considerable como lo puede ser para vosotros el pico de Muley-Hacen; pero no por pendiente inclinada, sino que por un plano terso y vertical, tan terso que las paredes se hallaban estucadas; iba á combatir un monstruo que me resultaba de la magnitud con que cuando yo tenía la estatura natural, no ésta á que me redujo el veneno del indio, resultaría mi mesa de despacho; de modo que os podreis figurar una araña enorme como una gran mesa... ¡Sería horrible tal monstruo!

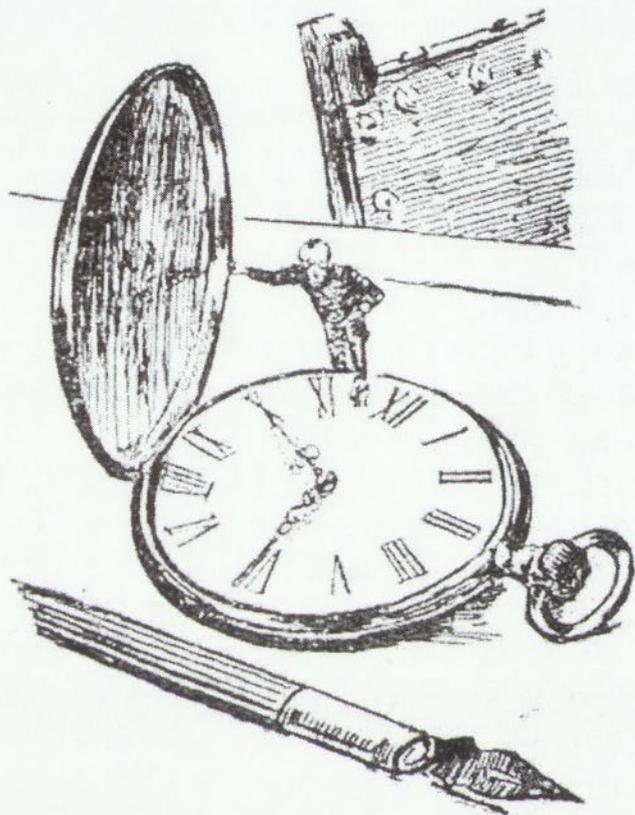
Así aparecería para mí la araña, y además las patas de la fiera serían casi de doble longitud que todo mi cuerpo.

Había yo hecho que mi mujer pusiera una escalerita á uno de los lados de mi escritorio, escalera hecha de libros superpuestos, y claro que unos más salientes que otros. Por ella podía bajar hasta el suelo; pero me pareció más conveniente subirme al borde superior del respaldo de una silla, caminar por allí como un funámbulo é irme acercando á otra silla, y así de ésta á aquélla llegarme hasta el cordón que pendía del alambre de la campanilla, subirme por él como un marinero á las cofas, colarme al agujerito hecho para que el referido alambre pasase al llamado de la alcoba, y por el alambre llegaría á la madriguera del monstruo.

No sólo me aterraba el peligro de tropezar y caerme al suelo, sino que me daba miedo el riesgo en que podría verme de tropezar con alguna mosca; nada para mí más repugnante y espantoso que aquellos dípteros, peludos, con dos ojos enormes, un abdomen blancuzco y todo el cuerpo cubierto de unos parásitos que deben servir en parte de alimento á las moscas, porque de tiempo en tiempo las había yo visto devorarlos, limpiándose de ellos el cuerpo, las patas y las alas; pero no bien se limpiaban volvían pronto á verse cubiertas de otros nuevos de la misma especie.

Claro es que las moscas jamás me habían parecido á mí tan feroces; pero—vuelta á las proporciones—se me aparecían entonces ma-

vores que grajos, eran más grandes que mi cabeza. Ahora bien, ¿os sería posible vivir en un lugar donde hubiera tantos grajos como puede haber de moscas en una habitación, y que fuesen tan impertinentes que pasaran dándoos terribles aletazos ó posándose



sobre vosotros? ¡Y qué ruido más continuo y estridente el que armaban aquellos animaluchos alados!

Muchas precauciones había tomado mi mujer contra ellas, disponiendo platos de goma espesa y azucarada y de unos ciertos papeles venenosos... pero, no obstante, no me había

librado de ellas, ni de sus feroces compañeros los mosquitos. ¡Qué espantosa resonancia la de la trompetilla de éstos... Me parecía oír la del juicio final! Aumentad las impertinencias de estos animales con relación á mi pequeñez y á la sensibilidad de mis orejas, que percibían los sonidos más pequeños con un aumento desmedido, y bien fácil os ha de ser comprender mis sufrimientos.

Salí de mi casa con una cajita de papel que me hice, no sin gran trabajo para cortarle y doblarle, y mi aguja-espada, que había afilado con habilidad y maña; atravesé la superficie de la mesa... un estruendo espantoso me sobrecogió el ánimo: era un triquitraque ensordecedor; resonaba detrás de unos libros; dí vuelta por ellos y me hallé pronto, con gran asombro mío, contemplando mi reloj de bolsillo; subí sobre su tapa de oro. ¡Qué maravilla, una plataforma grande de oro cincelado, bajo la cual se producía el mecánico sonido de las ruedas en constante movimiento! Verdaderamente hube de recordar entonces el reloj de Gulliver, que había sido el espanto de los liliputienses mis semejantes.

¡No hay como esto de llegarse á ver pequeño para dar el mérito verdadero á cosas que nos parecen de escaso valor!

¿Quién habría de decirme, cuando metía y sacaba aquel aparato en el bolsillo, que habría de verme algún día de pie sobre él, ni más ni menos, y pudiendo pasear por todo el disco como por una glorieta?

Era conveniente averiguar á qué hora da-

ba comienzo á mi aventura, más que gigantesca, hercúlea; bajé de la tapa, y tomando mi alfiler de gran cabeza, apreté el botoncillo... y *chas*, saltó la tapa; subíme al borde del cristal y vi la hora; vi más: pude percibir el movimiento de las agujas, tan lento que no es posible advertirlo ni aun fijando mucho la atención para ello. Con maña y fuerza pude cerrar el reloj.

—¡Ea, en marcha! Son las diez y media. No tengo tiempo que perder—me dije; y santiguándome y perñignándome, recé devotamente arrodillado, suplicando á Dios Todopoderoso me sacase bien de aquella tremenda aventura que iba, arrojadamente, á acometer; pues iba á vérmelas con un monstruo espantoso, como jamás las más atrevidas y fantásticas leyendas humanas habrían imaginado de horrendo y fiero.

Trabajo me costó caminar sobre el borde superior de las sillas; pero ¡cuánto tuve que admirar! El suelo de la habitación aparecía á mis ojos mil veces más vistoso en colores que el campo más florido. La alfombra de tapicería resaltaba con variantes de grana y rosa, y todo en una armonía perfecta; alcé una vez la cabeza, y vi en la altura del techo, allí donde casi no podía yo alcanzar con mis ojos, unos reflejos brillantes, como si se produjera un espléndido fenómeno meteorológico: eran enraimados unos magníficos prismas de cristal que lanzaban luces irisadas...

—Serán—me dije—las lágrimas de la araña del despacho.

Saqué un anteojo que había podido arreglarme y contemplé el conjunto de aquella portentosa obra de cristal... ¡Cuán hermosa habrá de parecerme también de noche, mandando que enciendan las velas todas! No menos asombro me produjeron los cortinajes de damasco, junto á los cuales pasé, y los grandes espejos.

Al fin llegué al cordón de la campanilla, y lleno de animoso coraje, queriendo robustecer mi ánimo por la realización de audaces empresas... comencé á subir... tras, tras, tras...; ¡ah!, pero me fatigaba; y así, haciendo descanso y tornando á mi ascensión, llegué á la altura; probé con el pie la resistencia del alambre, para ver si me podía soportar, y quedándome asido á él con las manos, pasando ésta, volviendo el cuerpo para soltar aquélla, y cogiéndome con la otra, llegué al boquete por el cual penetraba el alambre á la alcoba.

Ápenas si cabría á entrar por él, arrastrándome y pegando mi cuerpo al alambre; antes quise examinar el conducto, no fuera que en él hubiese algún animal, sobre todo alguna *tijereta* con su numerosa cría, que aquéllas suelen esconderse en los agujeros y en las grietas, donde guardan sus hijos sin separarse de ellos.

Miré, y nada vi; y al fin, rastreando, me hallé al otro lado, es decir, en la alcoba.

¡Bravo! Era un héroe; notaba, sin embargo, que mi fatiga no resultaba al fin tan grande como yo me había temido y que, relativamente, era más ágil y diestro que

hube de serlo cuando tenía la estatura ordinaria del hombre.

Por fin, después de un ligero descanso, pensé proseguir mi heroicidad comenzada; sin duda alguna, Dios, al permitir que yo me viera tan chiquitito como un liliputiese, me había dado un ánimo valeroso y audaz; cierto que yo había sido siempre inquieto y un tantico acometedor...; pero jamás hasta el extremo de entonces.

—Pero ¿sabes tú—me decía yo—á lo que te expones? ¿Sabes y comprendes el mérito de la empresa que intentas realizar? ¿Tú, que cuando eras un hombre como los demás no hubieras ido á presenciar, siquiera á regular distancia, la caza de la pantera, te arriesgas á cazar una araña?

Pienso que seguía mirando con el desprecio de antes á las arañas, como había mirado á las moscas..., y verdaderamente, ya no me era dado considerarlas así.

Pues qué, ¿no se arroja una araña sobre su víctima y hace presa en ella por salto tan rápido y por contracción de sus patas, tan recia como el tigre sobre su caza?

Espantoso habría de ser morir prensado debajo de la peluda panza del arácnido, húmeda por el juguillo de las mucosas: moco que al contacto del aire se seca y endurece, formando hilos, y segrega innumerables á la vez, y hace red, en la cual pega y ata á su víctima, al propio tiempo que la estruja entre sus largas patas. prénsala y va chupándole la sangre, y la mata.

El monstruo queda ahito y embriagado.

Desde el alambre salté yo al techo del armario-espejo, que se hallaba pegado á la pared, no lejos del rincón donde tenía su guarida de muerte la enorme araña. Allí escondida, al acecho, esperaba paciente é inmóvil á que cayese alguna presa en la red. La contemplación de ésta me entretuvo por largo tiempo.

¡Qué admirable obra!

Formaba la extendida tela una especie de embudo prendido por sus bordes á la pared, y estrechándose y apurándose hasta el cavernoso agujero, centro de toda aquella trampa, cepo y red. Allí dentro rebullía una masa negruzca, el alma de aquel antro.

Al menor contacto con la red estremecía-se el animal y rápidamente salía de su covacha.

Esta fina percepción dió, sin duda, lugar al error muy corriente de que las arañas gustan de la música. Error combatido por Mr. C. Bogs.

Este profesor hizo sonar un diapasón, y tocando varias veces con él ligeramente en la tela de araña, llegó á ver estos efectos: Si la araña estaba en el centro de la tela, viraba en redondo con rapidez para colocarse de frente en la dirección del diapasón, y recibir en sus patas anteriores las vibraciones comunicantes de los hilos radiales. Una vez hecho esto, tendía sus hilos hasta alcanzar el instrumento en el punto de unión de dos ó más, cuya dirección determinó mediante las patas anteriores.

Si no se mueve el diapasón cuando llega

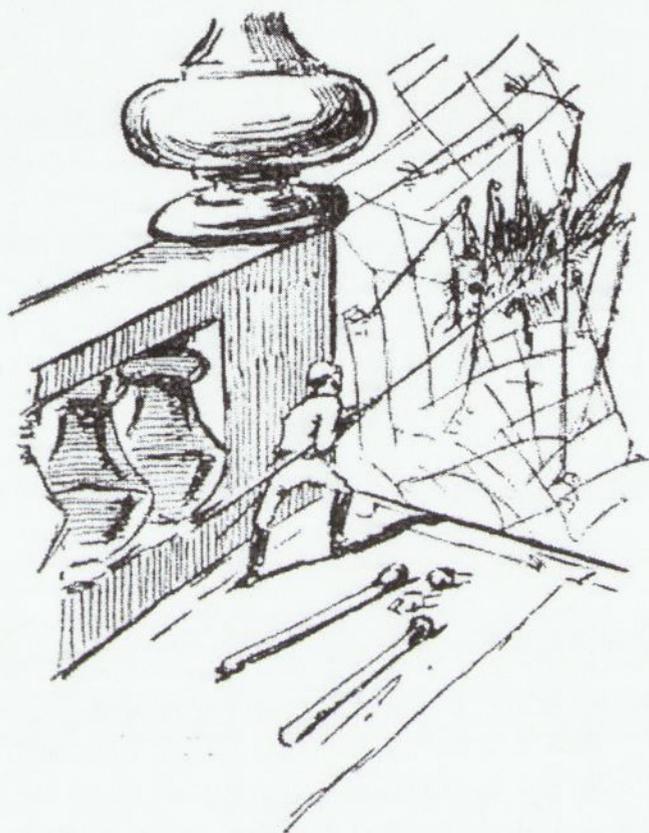
á él la araña, parece experimentar el mismo encanto que si tropezara con una mosca, pues lo coge, lo abraza y rodea con sus patas mientras duran las vibraciones del sonido, sin que la experiencia le enseñe que hay otras cosas que pueden zumbar además de su víctima ordinaria. Cuando, incitada una araña, llega al borde de la tela, apartamos el diapasón y luego lo acercamos poco á poco: vigila su presencia y su dirección, y se aproxima cuanto puede en la dirección del sonido. En cierta ocasión cogí una mosca, la sumergí en parafina, la puse en una tela de araña, y atraje este animal tocando la mosca con un diapasón. Cuando la araña pudo convencerse que aquél no era alimento conveniente (es decir, que estaba adulterado) y le abandonó, toqué la mosca de nuevo. Esto produjo el mismo efecto de antes, y tantas veces como la araña trataba de dejar la mosca la retenía yo, acercándole el diapasón. Así logré que la araña comiese una buena parte de la mosca.

Para hacer estos y parecidos experimentos habíame yo sacrificado bebiendo el licor de Bam-Bam. Ya estaba en batalla.

Una lanza larga, aguda; una magnífica lanza, que, á pesar de ser toda de acero, no me resultaba pesada...; me serviría en la lucha; era una aguja de hacer media. Sin moverme del sitio en que me había colocado podía atacar á la fiera. La araña perecería, si yo consiguiera manejar con destreza y tino el arma.

Atravesaría de parte á parte al bicharraco.

enclavando después un extremo en la pared y otro en el armario; de este modo, fuera la araña, me sería fácil acercarme á ella y cortarle la cabeza ó ponerla fuego; el movimiento tenía que ser pronto y certero, porque de lo contrario, huía; en cuyo caso tal



vez pudiese encontrársela mi mujer, la cual se asustaría terriblemente, ó quizá se arrojará sobre mí y sería abrazado por el monstruo, como los osos abrazan, ó el *boa constrictor* estruja á sus víctimas; además, me chuparía la sangre como el pulpo á su presa.

El momento de prueba llegó: embracé mi lanza, no muy pesada para mí, pero, á la

verdad, difícil de manejar por lo larga. Y, creedme, no penseis que por amor propio refiero este valeroso hecho mío; pero al fin representaba en el pequeño mundo á la raza humana domeñadora de monstruos; nuevo Hércules microscópico, nuevo Cid, asesté al arañón tan recio golpe y con tan certero empuje, que le atravesé de parte á parte, enclavando la punta de la lanza en el fondo de la covacha; aseguré después la otra punta, según había pensado, y el animal quedó preso, batiendo sus largas patas y rebullendo furiosamente en su nido, sin poderse desprender de aquel acero que le sujetaba á mi voluntad; así pude, sacando mi espada, darle tales estocadas en la cabeza, que al fin murió...

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Victoria, victoria primera del doctor Meñique!

¿De qué me envanecía? ¡Pronto comprendí cuán engañosa era mi ufanía! ¡Pronto mi valerosa y noble ambición de conquistar la fama de sabio investigador iba á recibir un triste desengaño!

¿Cómo no se me ocurrió pensar en que nunca las empresas acometidas por los pequeños fueron justamente apreciadas por los grandes? ¿Qué poeta se atrevería, arrostrando las burlas del mundo, á escribir las aventuras de un hombre meñique? "Heroica hazaña del enano que mató á la araña."

¿Cómo, á pesar de mi previsión de hom-

bre de ciencia y de pensador, no vi que me esperaban otros trabajos más duros y apenadores que los trabajos materiales?

¡Ay, que así fué! ¡Y por ello tuve que renunciar á mis exploraciones por el mundo de las hormigas y de los insectos!

Ello fué que cuando más satisfecho me hallaba, viendo á mis pies y atravesado por la aguja lanza al terrible monstruo, oí la dulce voz de mi mujer:

—¡Dios mío! — exclamó—. Te buscaba; temí que te hubieras perdido ó que hubieras, horror me causa el pensarlo, caído en las garras del minino; pero ya no hay peligro. He tomado mis precauciones. El morrongo está encerrado. Pero, ¿qué haces ahí, pobrecito mío? ¿Cómo has podido subir á esa altura? Espera, espera, que yo te ayudaré á bajar.

Cogió mi mujer una silla; subióse en ella, y tendiendo hacia mí el brazo derecho, puso la palma de la mano y yo caí en ella, abrazándome al dedo meñique y besando con efusión la yema de aquel dedo, como hubiera abrazado á mi esposa á haberme sido posible hacerlo.

Ella lloraba; afligiala la idea de que yo, por mi loca empresa, me hubiera condenado para siempre á vivir reducido á tan mínima estatura y misérrima corpulencia.

Entonces, por darle consuelo y reforzar con mis palabras su ánimo, abociné con ambas manos mi boca, y á grandes voces, pues de otro modo no era posible que oyera, comencé á gritar de la manera misma que

lo había hecho cuando, dirigiéndome á un numeroso concurso, había tenido que pronunciar mi más doctos y elocuentes discursos:

—Nada temas—dije—; volveré á mi estatura y vigor... cuando, realizados mis experimentos, pueda confirmar con ellos cuanto acerca de la vida psíquica de los insectos, especialmente de los himenópteros, han dicho Darwin, Inbrok, Pett Hague, Moderige, los Huber... y aun añadir nuevos descubrimientos...

—Déjate de repetirme esa letanía de santones científicos... embusteros... y vuelve, vuelve á ser lo que eras...; porque, á la verdad, te lo confieso, unas veces, cuando te miro de cerca, me pareces un lindísimo muñequito, un juguete muy mono, que puede bañarse en la jaula del pájaro y habitar la cunita de muñecas, como Gulliver; y otras, otras... ¡cuánto me aflige el decírtelo!

Mi mujer calló.

—Prosigue—grité yo—, prosigue...

—Pues bien, otras veces se me figura que eres... ¡qué sé yo!... una alimaña.

—¡Dios mío! ¿Qué dices?—exclamé, lleno de espanto—. ¡Una rata sabia!

En esto sentimos pasos en la habitación inmediata. Era preciso que nadie me viera y preciso guardar nuestro secreto, y como indudablemente alguien se acercaba, aconsejome mi mujer que me ocultara; y yo lo hice, metiéndome debajo de la mesa, y abrazándome á una de las patas, subí por ella como por el tronco de un árbol, quedándo-

me sentado en una moldura, como un grumete en la cofa ó en la gavia de un palo del barco. El tapete de la elegante mesita me ocultaba por completo.

¡Qué alboroto de voces, que eran atronadoras en mis oídos, llegó á ellos! Mi ayuda de cámara y el ama de llaves, todos, que estaban inquietos por mi ausencia, llegaban á preguntar por mí á mi mujer.

—¿Qué ha sido del señor?—decía Pedro mi criado.

—¿Dónde está el amo?—clamaba el jardinero.

—Dicen que se ha marchado al extranjero. Pero, ¿cuándo?—decía María Basilia, nuestra vieja y muy querida mayordoma.

Mi mujer vióse apuradísima, sin saber qué contestar; pero temerosa de decir la verdad, por no fiarse de la discreción de su gente, dijo:

—El señor ha tenido que marcharse al extranjero á desempeñar una comisión científica secreta que le ha encomendado el Gobierno. Viaja de incógnito, y es preciso que nadie lo sepa. Así, pues, encargo á ustedes guarden el secreto. Yo me quedaré sola en estas habitaciones hasta que venga el señor. Cuando necesite algo, te llamaré á ti, María. Idos, pues, que yo tengo que escribir unas cartas y quiero estar sola.

¡Qué susto pasamos! Desde luego comprendí que era muy acertada la resolución tomada por mi mujer. Convenía que la gente no me viera; la curiosidad fué causa de la perdición del mundo; la curiosidad

de la gente de mi casa podría provocar la de los vecinos, y la de éstos, la de todo Madrid, y quién sabe si no llegaría á verme en el tristísimo estado en que se ven todos los enanos, siendo objeto de las miradas de una muchedumbre de mirones.

Además, mis trabajos debían hacerse con el mayor secreto posible.

Pasaron algunos días, y hasta meses; y durante este tiempo estuve, ayudado por mi caritativa mujer, haciendo todos los preparativos para mi empresa. Esta había de realizarse en el jardín.

Ni aun para las peligrosas cacerías del centro de Africa son necesarios las armas, las trampas, la maquinaria y preparativos que eran necesarios para mi heroica empresa. Tejió mi mujer redes diminutas; hizome de un lindo dedalito de oro un casco; de grandes agujas y agujones, lanzas, y de la malla de un precioso bolsillo de plata, una finísima cota; y así armado y revestido, y encomendándome con todo fervor á Dios y con amor apasionado á mi dueña, halléme dispuesto á dar principio á mi odisea y acometer hazañas y aventuras dignas de una nueva *Iliada*.

Hasta los niños saben que los insectos reciben este nombre porque están formados de cuerpos seccionados; partes que se hallan enlazadas por articulaciones, como placas anulares que protegen el cuerpo; llámase á tal conjunto dermo esqueleto. Por lo general es duro y liso, por él se ven los animalillos defendidos para las faenas del trabajo

y los peligros de la guerra; he aquí que yo al vestir esta cota de malla hecha del bôlsillito, tanto me asemejo á un príncipe guerrero antiguo, como á un diminuto escarabajo. Los insectos son, pues, comprendidos por sus tres parte: cabeza, tórax y abdomen; la primera es la más importante y por mí la más temida: en ella, no sólo residen la inteligencia del animal y los sentidos, sino armas poderosas; la cabeza es un verdadero estuche parecido á esos que un ingenioso y hábil fabricante suele ofrecernos para que hallemos en un solo objeto la utilidad y los servicios que pudieran prestarnos varios instrumentos á la vez: bastones, escopetas, cuchillos, tenedores, arpones, martillos, sierras, dardos, limas, tenazas, dagas y trampas que sirven de boca, mandíbulas. Cuando un insecto se me acerque, pensaba yo que habría de verme seguramente en grave riesgo de ser atravesado de parte á parte por un agudísimo cuerno, dividido por unas tenazas, lanceado por punzones, desgarrado, triturado, padeciendo mayores martirios que los que padecían los delincuentes en los tiempos en los cuales se les daba tormentos dentro de las cárceles, y según bárbara costumbre de todos los Tribunales del mundo. No importa, me dije lleno de valor, arrostraré todos los peligros; pero, en cambio, descubriré todos los grandes secretos de la vida de los muertos, y tal vez todos los misterios de la ciencia, y esto lo dije con tal soberbia como inspirado por el necio orgullo y la satánica ambición de los

golosos Adán y Eva, y de los torreros de Babel.

¡Ah, que sin duda esta soberbia fué causa de mi castigo! Otros tormentos, otros más crueles que los que yo temía sobrevinieron; ¡ah! de ellos fuí víctima y por ellos perdí mi empresa.

Una mañana, cuando ya me disponía á bajar al jardín, y mi mujer metídomé en uno de los bolsillitos de su elegante delantal, penetró en la estancia en que nos hallábamos la vieja María Basilia, muy azorada.

—Señorita, el ayudante del señor acaba de llegar y dice que tiene que ver á usted. Lleva ya varios días viniendo con la misma pretensión, y todos ha recibido la misma respuesta, de que usted no está en casa. Hoy asegura él que sí, que está usted, y que él no se va sin verla.

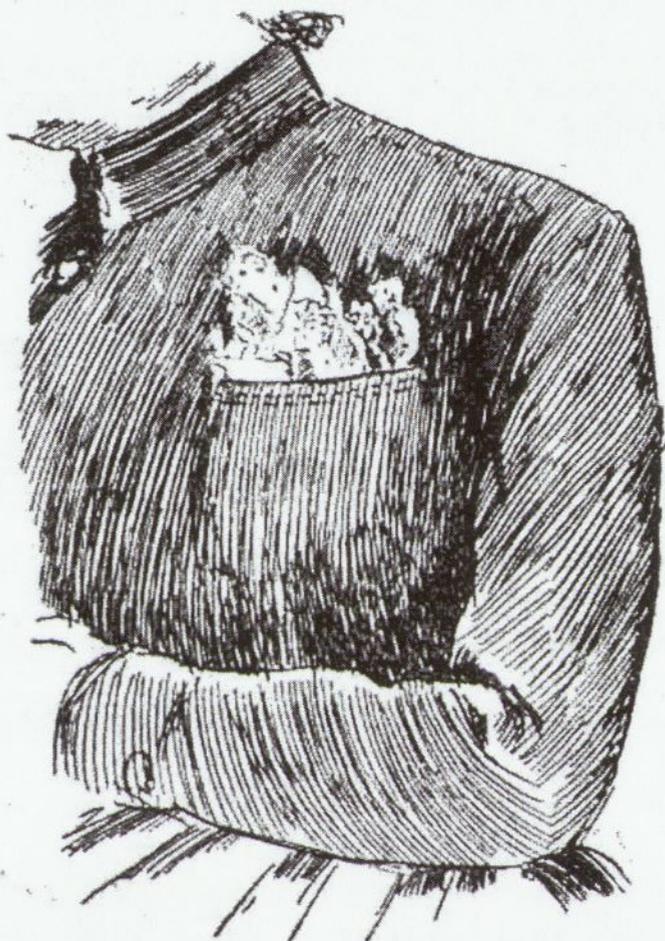
Habré de decir que durante los primeros días de mi empequeñecimiento fué recibido por mi mujer mi ayudante, que iba repetidas veces y muy solícitamente á preguntar por mí. Contestaba mi mujer que yo me hallaba fuera de Madrid, y que ella ignoraba en qué lugar. En la casa sólo habían quedado el conserje, un anciano, que sólo salía del kiosquete ó pabelloncillo de la veria á las habitaciones principales; Pedro y María Basilia.

A nadie se había revelado el secreto. Tan útil, tan celosa, tan discreta era mi mujer. Así fué, que ante la insistencia de mi ayu-

dante, mi mujer dió orden de que le hicieran subir.

—Estáte quietecito aquí en el bolsillo —dijo mi mujer—; no vayas á caerte.

Y luego, pensándolo mejor, me cogió, y medio envuelto en un finísimo pañuelo de



seda, metióme en el bolsillo relojera de su levita-gabán, y allí quedé tan guapamente escondido, pudiendo verlo todo sin que me vieran. Una vez dentro de mi escondite, sentí un ruido estruendoso, golpes acompa-

sados, periódicos, como las salvas de cañonazos. ¿Qué era aquello?

Mas ya; el corazón, el amado corazón de mi esposa. Qué potente, qué sonoro, qué rico de vitalidad. A su lado, ¡qué era el mío, de vertiginoso movimiento y levisimo, casi inaudible, latido! Nunca sentí mayor pena por mi pequeñez.

—¡Estáte quieto, maridito mío! No te expongas á que este señoritillo te descubra, y entonces estamos perdidos. Cállate; voy á divertirme un poco ahora con la curiosidad de este mozo, y aun á poner un poco á prueba su afecto y gratitud hacia ti.

—Señora; perdone usted si he insistido en verla; pero...

—Calla—me dije yo, oyendo el vozerón—; ya está aquí este mequetrefe.

Y abriendo un poquito el pliegue del pañuelo, me puse por el vacío á oler y á atisbar.

—Pase, pase y tome asiento—dijo mi mujer con exquisita cortesía.

—Vengo, señora, á que usted me dé noticias del maestro.

Mi mujer miró al mozalbete, y algo debió de adivinar en sus ojos, con esa perspicacia femenina que es la más aguda y original facultad inteligente que Dios otorgó al alma de las mujeres, porque entre apenada y maliciosa, dijo:

—¡Noticias! ¿Y usted las pregunta? ¿No comprende usted que todo cuanto ocurre debe obedecer á algún terrible misterio? ¿No se le ha ocurrido á usted pensar, al

verme retraída del mundo, que ha debido suceder alguna desgracia?

—¡Cómo! ¿es posible?—exclamó el mocito más sorprendido que apenado.

—Sí, amigo mío. Déme usted su palabra de honor de no decir á nadie lo que voy á referirle, por ser usted persona de mi estimación—añadió mi mujer.

—Gracias, señora—replicó el ayudante.

—Pues bien: hace ya algunos meses que el doctor se fué al interior del Congo belga con unos sabios exploradores, y á los pocos días cayó en las garras de un tigre.

Llevóse mi mujer las manos á los ojos, cubriendo con ellas la cara. Yo vi su sonrisa de finísima burla.

Hacia mi mujer que se hallaba muy dolorida por la desgracia de haberme perdido para siempre, y en fingir tal apenamiento, bien me hacía comprender su propósito que no era otro sino el de que viese la falsía del carácter de mi ayudante.

En efecto, éste pronto reveló sus intenciones, su hipocresía y su codicia.

—Consuélese, querida señora. ¿Qué se le ha de hacer ya? Era de esperar la desgracia, el maestro un día ú otro tenía que hacer alguna locura.

¿Locura?

Sí, había dicho locura. ¡Por locura tomaba él mis valerosos, mis heroicos intentos, mis empresas científicas! Así los estimaba él, que siempre por adularme habíame colmado de elogios y prodigado exageradas ponderaciones de alabanzas. ¡Morir para

ver!; pero era aún mucho lo que yo tenía que ver.

Atrevióse á pedir licencia, según él dijo, para arreglar mi biblioteca y examinar, *corregir* y ordenar mis papeles; mis estudios. ¿Corregir él mis obras? ¿Habría desvergüenza?

Pues aún llegó á mayor maldad y cinismo, puesto que se atrevió á decir aquel zascandil, mal mancebo de laboratorio y mal amanuense, que en todos aquellos papeles había muchos trabajos suyos. ¡*Nuestros estudios y descubrimientos!*

Yo me revolvía en el bolsillito de mi mujer, y hubo un momento en que me sentí tan indignado, que olvidándome de que mi voz era debilísima y mi personilla de liliputiense, estuve á punto de protestar con un fiero exabrupto, y de arrojarme al cuello de aquel miserable petulante.

También mi mujer debía de estar indignada, porque yo sentía que su corazón daba recios y precipitados latidos.

Dió mi mujer licencia á mi ayudante para que fuese á mi cuarto de estudio, y cuando el mozuelo salió, yo dije:

—¿Cómo? ¿Y has permitido á ese títere que revuelva mis papeles?

—Sí, quiero ver y que tú veas hasta qué extremo lleva su osadía—díjome mi mujer, y sacándome del bolsillo y poniéndome en la palma de la mano, me colocó en el suelo, y yo luego me dirigí al despacho.

Sentóse el jovenzuelo en mi sillón, y su primer cuidado fué escribir una carta. Yo

pude escalar por los mimbres del cestito papelera, hasta una moldura del zócalo, y por el cordón de la campanilla, ¡trabajos de acróbata!, ocultarme entre dos cuadros, uno con el retrato del rey y otro con el de mi esposa. Quedaba yo colocado precisamente detrás del tuno de mi ayudante, y de modo que me era fácil ir leyendo lo que él escribiera.

¡Oh, qué furioso coraje se apoderó de mí! ¿Pues no se atrevió á escribir una carta al presidente y á los miembros de la Academia diciendo les remitía los trabajos, los descubrimientos científicos por él realizados, y hacía enumeración de ellos, y precisamente referíase á todos los míos?

Hubo un momento en que él, no sé por qué, sin duda para buscar alguna de mis preparaciones microscópicas, ó para revisar alguna de mis curiosas cajitas entomológicas, salió del despacho y dirigióse á mi laboratorio, que se hallaba en la contigua habitación.

Yo entonces salté á la mesa, y sobre la carta y restregando los pies en el papel, fui palabra por palabra y renglón por renglón, borrando todo lo escrito; y luego me escondí detrás de unas carpetas.

Pensando en hacerle alguna barrabasada, esperé; pero esperé en vano. El granuja no volvía; habíase quedado en el laboratorio. Oí el monotonó rumor de dos voces hombrunas. Ah, pronto las reconocí. El ayudante estaba, sin duda, hablando con Pascualón, el mozo del laboratorio, que por

orden de mi esposa iba allí dos ó tres veces á la semana para hacer la limpieza.

Sospeché que tal vez habría de ser interesante para mí aquel palique. Pascualón no había llegado á merecer de mí nunca la confianza que mi ayudante había logrado inspirarme y que yo le dispensaba. Parecía-me zafio, socarrón y muy amigo del vino, por el que tal vez fuera capaz de vender á su mismo padre.

Llegué queditamente al laboratorio y pude esconderme en lugar seguro.

—¿Conque dice que ha muerto el amo? ¿Cómo estará la señora de afligida. ¡contra!—decía Pascualón.

—No te lo creas—replicó en voz baja el traidorzuelo Benito, así se llamaba mi ayudante.

—¿Cómo que no?

—Digo que no lo ha sentido tanto como tú te figuras y como muchos pensarán—dijo Benito.

Y añadió con cierta sonrisa de burla:

—Pascualón, tú, aunque pases por bruto, no lo eres, ¿estamos? Y ya comprendes que el maestro pasaba de los cuarenta; no era un Adonis...

—¿Y qué es eso?—preguntó el mozo.

—Que no era un hombre guapo, y además era estrafalario. Ya lo sabes tú, pues te regañaba por la manía que le había entrado á él de que tú siempre estabas borracho.

—Es *verdá*... Lo cato como cualquiera quisque, y *na más*.

—Además, era tacaño...

—Y que lo diga usted, señorito; pero estos hombres de saber—replicó Pascualón—son muy avaros.

—De saber... Sabía lo que uno le enseñaba... Pues, ¿por qué te piensas tú que me tenía á mí?

—No, como saber, sabía. Las obras que tiene escritas...

—El... él... con ayuda de vecino.

Me resistía á seguir oyendo más; pero aún me quedé y pude oír á Pascualón que se despachaba á su gusto, diciendo de mi perrerías; y como llegara á pensar que Benito podría quedarse con mi laboratorio y mis obras, y ocupar mi puesto, díjole con acento dulzón y en tono de bajuna adulación:

—Ahora el señorito hágase valer, y tendrá la fama que merece. Quédese con todo, que ya se lo irá pagando al ama, y si no...

—Y si no, ¿qué?—preguntó con extrañeza Benito.

—Pues pasando poco tiempo, cátese y quédese con el ama también.

—Toma, claro—replicó en voz muy baja el miserable Benito.

¿Creeréis que pude contenerme? Grande fué el dominio que mi voluntad ejerció sobre la ira, la indignación y la soberbia que se revolvían en mi pecho.

¿Qué podía yo hacer; yo, pequeño como un renacuajo?

Ah, sí, me dominé; pero no tuve el mismo poder sobre mis pasiones poco después,

en que, como se verá, tuvieron término mis ilusiones de hombre de ciencia.

Salió Pascualón y quedóse solo y revolviéndolo todo Benito; pero poco después, mi mujer, que estaba inquieta por mi ausencia, fué en busca mía al despacho, y luego al laboratorio.

Entra en éste, y el tuno de mi ayudante la recibió con halagadora sonrisa, y... ¡oh!; me ciega el furor cuando lo recuerdo; con el pretexto de volver á darle consuelos, fué poco á poco y con astucia, zalamería y malignidad, á galantearla.

No pude entonces contenerme, y empujando las patas de una vitrina, en la cual había un frasco de vitriolo, la derribé, y se rompió, y al romperse vertióse el frasco, abrasando la ropa y una mano del pícaro, del traidor Benito.

Mi mujer dió un grito; yo eché á correr, y ella, al verme, púsose delante de mí para que Benito, á su vez, no me viese; yo pude escapar por la puerta-ventana que daba al jardín.

—Ha sido un ratón, un ratón—gritó Benito, que me vió, si bien no pudo distinguir mi figura.

E iba á correr detrás de mí para darme caza; y lo hubiera conseguido, á no haberle detenido mi mujer.

Huí por el jardín, y en esta huída pasé por grandes trabajos y realicé los más heroicos hechos.

¡Oh falso mundo! Bastante había visto: bastante para comprender lo engañosa que

es la amistad. ¡Cómo habían, no ya de celebrar debidamente, pero ni aun creer, mis hazañas de hombre liliputiense, cuando tampoco habían apreciado los descubrimientos y estudios con que antes, en estado



y circunstancias más verosímiles había enriquecido la ciencia!

Por otra parte, comprendí que, reducido enanito, no me era posible defender á mi esposa, y, en fin, que ni la fama gloriosa, ni nada en el mundo, valían lo que el cariño de ella y nuestra santa felicidad.

Otros más graves pensamientos me asaltaron. ¿Cómo, me dije, no quise humillarme, no quise reconocerme pequeño delante de Dios y entregar mi alma á la ciencia de las ciencias, á la religión que ilumina con la fe, y no había tenido yo reparo en reducirme al estado de meñique, por estudiar á los bicharracos?

Con estas reflexiones fuíme hasta la casa decidido á buscar remedio á mi pequeñez y volverme á mi estado primero... y así me vi. ¡Oh qué espanto! Me vi, al entrar en la cocina, cerca de una cesta, de la cual salieron más de cinco docenas de horribles, negruzcos y gigantescos monstruos, para mí más grandes que elefantes, y armados de terribles tenazas, y todos me acometieron, y hubiera perecido si mi mujer, que por todas partes me buscaba, no hubiera entrado allí, y al verme se precipitó en mi socorro, llorando y gritando:

—¡Dios mío, Dios mío!; que á mi marido se lo comen los cangrejos.

Desde allí fuí, conducido á la cama, y pocos días después desperté.

Velábame mi esposa. Todo había sido un sueño.

¿Que es patraña? ¿Qué otra cosa son las novelas, cuentos y zarandajas?

El mismo registro humorístico, un carácter pionero en la ficción científica internacional, comparable al de *El anacronópete* de Gaspar, tuvo *El doctor Hormiguillo*, una novela didáctica para niños de José Zahonero, publicada por entregas e inconclusa, que el mismo autor reescribió con el título de *El doctor Menudillo* en forma de narración completa para adultos, incrementando el tono humorístico ya presente en la primera versión y trasformándola en un cuento filosófico y satírico contra las certidumbres científicas (y patriarcales) décimonónicas.

Su asunto (la miniaturización de un científico que se ve confrontado con animales pequeños, gigantescos para él debido al cambio de tamaño sufrido tras beber un brebaje administrado por un sabio hindú), coincide con el del clásico *El hombre menguante* (1956), de Ricahrd Matheson, del cual constituye quizá el primer precedente. (Mariano Martín Rodríguez)

* * *

El abulense José Zahonero Vivó (1853-1931) fue cuentista, novelista y colaborador muy activo de varios periódicos madrileños. De ideología republicana y, en principio, anticlerical, se exiló en Francia cuando la restauración de Alfonso XII, aunque regresó pronto a nuestro país. Fue uno de los adalides del naturalismo en España.

El doctor Menudillo apareció por primera vez por entregas en la revista *El mundo de los niños*, entre 1890 y 1891, con el título de *El doctor Hormiguillo* y con la pretensión de ser un simple cuento infantil. Lo reescribió con mayor alcance para la antología de *Cuentos estrafalarios y patrañosos* (1914), cuyos otros relatos sí que son simples cuentos infantiles.